

Capitanes de bajamar

5 19-X-72

por Francisco COLOANE

Así como hay "marinos de agua dulce", uno de los títulos mayores a que puede aspirar un oficial mercante es el de Capitán de Altamar; la culminación de su carrera de piloto o capitán de cobotaje.

Hemos conocido grandes capitanes de altamar, como lo fue el lobo de mar Jensen, capitán durante casi toda su vida del "Puyehue", cuyo viejo casco se encuentra aún encallado en la isla de Tenglo, en la parte que da a la ensenada de Angelmó, y su puente de mando se encarama en el local social del Club de Yates de Quintero. Así es como la realidad de las cosas nos fabrica un fantasmal Caleuche fondeado al mismo tiempo en Puerto Montt y en el Quintero donde vivió Lord Cochrane, el inglés que peleó por nuestra independencia.

En ese viejo barco desguzado vivió y murió mi hermano Alberto, al caer al mar entre su casco y el muelle de Iquique.

Hace un mes, al pasar por Puerto Montt, fuimos a visitarlo con un amigo fotógrafo que gastó su rollo sacando toda una secuencia de sus interiores, que tienen algo de lo descrito por Pablo Neruda en su "Fantasma del buque de carga".

En efecto, cuando baja la marea, el negro casco con manchones oxidados, se encarama sobre el verde acantilado de la isla, y cuando sube la pleamar hasta sus escotillas del entrepuente, el oleaje lengüetea en su viejo casco algo así como "levántate y anda". Entonces los eslabones de la gruesa cadena apilados al pie del castillo de proa, la gran hélice metida como un gran corazón en su bodega del medio, las cuadernas herrumbrosas, crujen como si quisieran armarse de nuevo y echarse a navegar. Mi imaginación emocional se recuesta en el camarote desde donde acom-

pañé a mi hermano en su último viaje por el mar para ir a enterrarlo en el cementerio de Playa Ancha, y sobre "el púpito", como llaman al sobrepuente donde está el compás de intemperie, veo la corpulencia fantasmal del capitán de altamar Jensen, que después encuentro en su puente de mando bebiendo con otros capitanes en la bahía quinterana. Como se ve: no se necesita mucha imaginación para recomponer este rompecabezas que nos entrega la realidad jugando con el tiempo, los hombres y sus cosas.

Todo barco tiene una gran alma colectiva formada por los hombres que lo tripulan, aún cuando sus fierros viejos queden encallados en una isla. Así hubiera querido encabezar estos recuerdos personales y fantasmales con el bello título de "Capitanes de Altamar"; pero una realidad más fuerte golpea en mi viejo corazón en estos instantes en que el diario más ladino de la Derecha y de los yanquis se ufana en proclamar que los capitanes de barco de Valparaíso se han plegado al paro que sólo un ciego o un cretino puede no ver que inició una nueva escalada para derribar al Gobierno de la Unidad Popular que preside el doctor Salvador Allende.

Mientras los portuarios franceses y holandeses se niegan a desembarcar el cobre que nos ha pirateado la Kenecott Copper Corporation, nuestros "capitanes de bajamar" se suben a la quinta rueda de los camioneros, la que está botando la historia, para traicionar a un Gobierno que por primera vez le ha puesto los galones dorados de su Independencia económica a Chile. Sin percibir la lección que nos están dando los hombres de mar y playa de todo el mundo, con su solidaridad internacional impresionante, estos capitanes han desembarcado de su altura marina al reducido tonelaje de un camionero contrabandista, de esos que han sacado ropas y

alimentos de nuestros pais por los portezuelos cordilleranos desde las costas del lago Puyehue hasta Arica.

¿Habrán sido todos los capitanes de "altamar"?

No creo, habrá otros encabezando los movimientos de resistencia revolucionaria contra el fascismo, que en estos momentos han iniciado todos los profesionales chilenos, médicos, abogados, ingenieros, profesores, etc., contra la piratería yanqui y los que siempre han vendido a pedazos a Chile por sus platos de lentejas.

Los galones dorados de estos capitanes de bajamar me hacen recordar los de esos inocentes alacalufes que en Puerto Edén reciben a veces un chaquetón viejo de un oficial de marina avergonzado de la desnudez de su compatriota. Los he visto así capitaneando sus frágiles canoas de corizas de roble, vestidos de capitanes de alta mar de la cintura para arriba, como estos otros lo están de la cintura para abajo, o como dice nuestro pueblo "a pata pelá y con leva". Así también se vestían los esclavos negros del Missisipi, con los chaqués que sus amos les tiraban al botarlos por usados. Así los yanaconas, con su capitán de los traidores hoy retirado en la Serena de su piratería; mientras que aquí en Santiago otros de su calaña han nseguido sus aguas.

Pero así como estos desclasados ganapanes de clase media o pequeña burguesía están muriendo como el perro con su amo, de las entrañas de nuestros barcos y colegios profesionales de tierra, mar y aire están surgiendo los verdaderos navegantes de altura que Chile siempre ha tenido y hoy necesita más que nunca para no arriar la bandera ni las velas que mantiene Salvador Allende desde el alto mástil de nuestra aurora de la Unidad Popular.

Santiago, 18 de octubre de

1972